





RODRIGO KARMY nació en 1977 en Santiago de Chile. Realizó estudios de psicología y filosofía, disciplina donde sigue su doctorado. Profesor e Investigador del Centro de Estudios Árabes de la Universidad de Chile desde 2006 y del Departamento de Filosofía de la misma universidad desde 2017, ha realizado clases en la Universidad de Murcia, Complutense de Madrid, Universidad San Carlos de Guatemala e Universidad de Buenos Aires, entre otras. Fue director del Núcleo de Estudios Transdisciplinarios de Gubernamentalidad en 2016. .

Entre sus libros se cuentan *Políticas de la ex carnación* (2014), *Escritos bárbaros. Ensayos sobre razón imperial y mundo árabe contemporáneo* (2016) y *Fragmento de Chile* (2019).



EL PORVENIR SE HEREDA  
FRAGMENTOS DE UN CHILE SUBLEVADO

ENSAYO, 7

RODRIGO KARMY

**EL PORVENIR SE HEREDA  
FRAGMENTOS DE  
UN CHILE SUBLEVADO**



**SANGRÍA**

Rodrigo Karmy Bolton  
ISBN 978-956-8681-55-5  
2019, SANGRÍA EDITORA  
Las Torcasas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile  
www.sangriaeditora.com  
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, Sangría Editora no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que —con su debida coherencia y fundamentos— la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Mónica Ramón Ríos, Ángelo Alessio, Camila Soto Illanes, Carlos Labbé y Martín Centeno  
Diagramó el libro Carlos Labbé  
El diseño de colección fue realizado por Joaquín Cociña

Impreso en diciembre de 2019 en Imprenta Dimacofi, Santiago de Chile.

Permitimos la reproducción parcial o total de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico.



## ÍNDICE

<i>Acampar</i> .....	15
18 de octubre.....	17
Superficie.....	23
Triunfo popular.....	27
Punto cero.....	31
Evade.....	35
Cualquiera.....	41
Quiebra.....	45
Revuelta.....	49
Momento destituyente.....	59
Segundo tiempo de la excepción.....	65
República averroísta.....	73
<i>Animita</i> .....	83
Crisis.....	87
Asalto.....	93
El pueblo quiere un nuevo régimen.....	99
Los indios de Chile.....	107
Operación Cóndor 2.0.....	113
Las miradas de Salvador Allende.....	127
<i>El porvenir se hereda</i> .....	145
AGRADECIMIENTOS.....	149



*Tal vez soy yo quien se equivoca. Pero  
sigo diciendo que todos estamos en peligro.*

Pier Paolo Pasolini



*Estamos en guerra contra un enemigo poderoso, implacable, que no respeta a nada ni a nadie y está dispuesto a usar la violencia, la delincuencia sin ningún límite, incluso cuando significa pérdidas de vidas humanas, que está dispuesto a quemar nuestros hospitales, nuestras estaciones del metro, nuestros supermercados con el único propósito de producir el mayor daño posible a todos los chilenos. Ellos están en guerra contra todos los chilenos de buena voluntad que queremos vivir en democracia con libertad y en paz.*

Sebastián Piñera



## ACAMPAR

*Los escritos aquí reunidos llevan consigo el signo del peligro. Quisieron abrazar el sudor del acontecimiento como las imágenes llueven sobre un sueño. Son trazos, materiales provisorios, exploratorios y enteramente insuficientes, fragmentos que transmiten una potencia que no les pertenece. Sus condiciones de producción se atuvieron a los diversos momentos de la revuelta chilena que atravesó la escritura como si una tormenta hubiera sobrevenido sobre el pensamiento.*

*Ninguno de estos escritos fue pensado desde una posición de observador privilegiado, sino desde la trama del acontecimiento, en la que las imágenes populares podían alcanzar cierta intensidad en los múltiples modos de escritura. Frente al terror que se avecinaba cada día, a la incertidumbre de nuestras y tantas existencias que cada noche veían la posibilidad de la muerte, y los disparos (de agua, lacrimógena, balines, balas) que recibíamos en las marchas, la escritura no fue nada más que un lugar*

para acampar, una plaza en la que podíamos cuidar uno que otro fragmento de imaginación.

*Pensar no es un privilegio de algunos. Es una inmanencia que abraza a todos: los escritos aquí vertidos no podrían constituir un dictum universal, sino más bien una experiencia singular que ofrece un conjunto de materiales para la batalla siempre por venir. Porque no sabremos qué ocurrirá mañana. A pesar que el tiempo ha sido el regalo más prístino de la revuelta, la desesperada aceleración del régimen nos devora.*

*El mañana se juega en cada día en que aferramos la inaferrabilidad del presente. Sólo en él se juega la historicidad, temblor por el que nos atraviesa el deseo. Un presente esquivo a toda cifra, abierto a los pálpitos del cuerpo, los escritos aquí publicados verán justicia no en la medida que se adecúen predictivamente a un determinado curso de las cosas, sino que, al carecer de toda vocación causal, su justicia residirá en la posibilidad de abrir un nuevo asalto a la historia.*



## 18 DE OCTUBRE\*

¿Qué fue que ha sido esta fecha? ¿Es tan sólo una fecha cronológica? Acaso, un número dislocado que, al tiempo que se ubica en un calendario, huye desesperada de él. Su potencia no calza con su cifra, su vida con su letra. Estalla sin referir a líder alguno, ni tampoco a ningún partido político o vanguardia partisana. Todo es mucho mas precario, pero a la vez, más resistente, puede huir entre los intersticios de la ciudad y “evadir” permanentemente al “quién” construido por la dinámica policial. “Evade” designó la sustracción de la vida sensible de los cuerpos —aquello que llamaremos “superficie”— respecto de la maquinaria gubernamental de la razón neoliberal.

Como si en plena carretera se abriera una grieta, como si un *continuum* histórico se detuviera. La atmósfera normalizó la presencia de múltiples sonidos: sirenas quebrando el murmullo ciudadano, helicópteros ametrallando el

---

\* Texto publicado en *El Desconcierto* el 27 de noviembre de 2019.

espacio aéreo, disparos de armas varias filtrándose entre poblaciones diversas, imágenes *nunca sidas* vigiladas por las imágenes ya congeladas, cantos —Víctor Jara o Jorge González— penetraban desde otros tiempos para enfrentar una represión voraz; cacerolas mordían las noches desde ventanas oscuras y manifestantes desafiaban el toque de queda con gritos y lucha cuerpo a cuerpo contra el uniforme policial o militar.

Las noches, los días no eran los mismos, pero eran el mismo. Un solo día, hora o minuto que condensó días y noches, días y noches como si no hubiera más diferencia entre ellos. Otros rostros asolaron las mañanas, otras voces dictaron el ritmo; los pobres, los ciegos, los que habían dicho “basta” a una vida que no prometía más que deudas, a una existencia que había renunciado a toda historicidad, a una agonía cuya pesadumbre paralizaba a los cuerpos. Las calles fueron investidas de *grafittis* con los que la multitud abrazaba el instante de su fiesta. Todo consistió en que la mirada que se agachaba frente al patrón no iba más. La aleatoriedad del encuentro fue violenta: el patrón encontró al siervo en la ferocidad de una revuelta, sin la domesticación que le presuponía, sin la ignorancia que le atribuía, sin el miedo que le había infundido.

“Sin miedo” se replica infinitamente en los muros de Chile. Sin miedo, pero con rabia: toda una generación

que había sido curtida por el silencio de la dictadura implosionaba en la emergencia de la rabia que traían sus hijos. Pero una rabia no como una emoción psicológicamente administrable, sino un afecto políticamente ingobernable. Toda la *episteme* transicional fue hecha para cuerpos dóciles. Se trató siempre del recato, del control, de aprender a no exigir más allá de “lo posible” de un límite histórico y político devenido ontológico. O bien, los militares podrían volver o los empresarios huir, el miedo daba la tonalidad afectiva a la *episteme* transicional. Sociólogos, economistas, políticos, consolidaron un gran acuerdo cupular en torno a la prevalencia de la razón neoliberal. Todos debían ceder porque todos debían aceptar el límite instituido que se fraguaba en la fórmula “en la medida de lo posible”.

Quienes rabiaron en dictadura podían desfallecer en la desolación de la democracia, quienes lucharon en dictadura debían domesticar sus ánimos en la nueva maquinaria transicional. Pero la injusticia permaneció irredenta. Y es esa fisura que siempre desafió a la *episteme* transicional la que se actualiza en la *politización de la rabia* que termina por llevar a la máquina gubernamental chilensis a su quiebra.

La rabia ha sido el ardor de una injusticia que traspasó la esfera psicológica a la que la confiscación neoliberal la había capturado y, como una ráfaga que traspasa dos

tiempos en uno, dejó la historicidad en manos de niños: “quien no sepa de niños, nada sabe de revueltas”. Una revuelta lleva a un pueblo a experimentar su in-fancia, justamente, la inactualidad consigo mismo, el extraño fragor de su intempestividad. Los espacios y tiempos habituales saltan en mil pedazos. Y la revuelta nos recuerda que el temblor más decisivo, el ajuste con nuestra historicidad no es más que un porvenir que se hereda.

No se trata de “futuro” aún (ese horizonte dueño de una dirección precisa), sino de un porvenir (esa abertura a la posibilidad de devenir otros de sí) en la que una potencia no descansó jamás en algún trauma que pudiera prefigurarle alguna forma, sino que siempre se mantuvo irreductible a las trampas de la ley. Se trata de una potencia que no es nada más que porvenir y que sólo su clandestino traspaso de la impersonalidad de un común puede hacer que los cuerpos puedan saber qué es lo que efectivamente pueden. Porque dicha potencia se define por su transmisibilidad (su capacidad de transmitir) y deviene nada más que una afirmación de vida que se sustrae a toda sutura provista por el poder. El porvenir se hereda precisamente porque los cuerpos pudieron “evadir” el miedo inoculado por la oligarquía en sus años de dictadura y de la enrevesada transición.

La mirada del antiguo siervo —como ese “indio” pasivo frente al colono— no se agacha frente al poder, sino

que lo desafía y sufre la destrucción directa de sus ojos. El siervo todo lo quema, se lanza en su potencia martirológica por los muertos de ayer, por los que en otro tiempo fueron vencidos. La rabia quema todo en la pira de la historia, sin el permiso de los amos que alguna vez aplastaron al indio, al trabajador, al estudiante. In-fancia que disloca la civilizada continuidad entre vida y lengua para llevarnos a la hendidura de la imaginación popular: única barricada que conecta a los cuerpos con las superficies, lo nuevo con lo viejo, la vida con sus formas.

Todo el dispositivo universitario, con sus saberes del orden, cree que la revuelta es un “fenómeno social”. Reducción al causalismo de la sociología de turno, la revuelta, en verdad, es un médium de sensibilidad común en el que los espíritus del pasado abrazan la incandescencia de nuestro presente. Miles de chilenos supieron eso al cantar “El derecho de vivir en paz” o “El baile de los que sobran”. El tío Ho que luchaba contra el imperialismo norteamericano devenía un sobrante, un resto, tanto como los estudiantes municipalizados de los años 80, ingobernables que transmitían la potencia de un momento a otro, que heredaban el porvenir a quienes podían escuchar la intensidad de su voz. Por eso el 18 de octubre no es una fecha, sino todo un artefacto de espiritismo por el que los vencidos fueron capaces de “evadir” la histórica crueldad de los vencedores.



## SUPERFICIE\*

La transformación de Chile en el paraíso neoliberal se expresa en una imagen: Plaza Italia —ahora Plaza Dignidad. Ella condensa la arquitectura del poder de Chile: en la cima los grandes empresarios representados con el edificio de Telefónica como su monumento monstruoso; en el medio y al centro de la circunvalación, los militares con la estatua del General Baquedano y, abajo, en los calabozos de la invisibilidad, la ciudadanía que transita silenciosa en los sudorosos subterráneos del Metro. Empresarios, militares y ciudadanos, he aquí la distribución del poder que Plaza Italia escenifica monumental y arquitectónicamente. Pero Plaza Italia lleva consigo un secreto: la “plaza” a la que el pueblo se refiere como “Italia” no coincide con el nombre oficial otorgado tradicionalmente por la autoridad.

---

\* Texto publicado en *El Desconcierto* el 19 de octubre de 2019.

Formalmente, esa plaza, apostada con la estatua del General Baquedano en su centro, se llama Plaza Baquedano. Plaza Italia es, en rigor, una pequeña plaza (donada por la embajada de Italia para la ciencia) situada al costado norte del monumento al General, a menos de una cuadra donde comienza el Parque Forestal. Hay una incoincidencia entre nombre y lugar. Esa diferencia no es casual sino el testimonio de una guerra civil silenciosa que la potencia popular ha desatado por años contra el poder empresarial-militar. Semejante situación se replica con la enorme vía conocida como la Alameda: si la dictadura le impuso el nombre de Avda. Libertador Bernardo O'Higgins, la potencia popular conservó el nombre republicano que el propio Allende defendió mientras moría en La Moneda.

La distribución escénica de Plaza Italia es intensiva: la protesta del viernes 18 de octubre del año 2019 la expuso como una verdadera arquitectura del poder: una protesta que venía forjándose silenciosa en los subterráneos del Metro y que encontró en el alza del pasaje su encendido inicial: el alza del pasaje, que en los últimos diez años ha subido exponencialmente, no es un asunto simplemente "económico", sino un problema territorial de carácter político: se trata de conquistar o no el subterráneo, de dejar que el poder empresarial-militar ingrese o no a los calabozos en los que el pueblo (ausente de la



Constitución actualmente vigente) sigue prisionero. El alza de pasaje es una medida que conquista territorio subterráneo que el pueblo, en lo poco y nada que tiene, no está dispuesta a ceder.

No sólo el poder es dueño del cielo (edificio empresarial de Telefónica) y de todo su universo inmaterial (discurso, comunicación, etcétera), no sólo es dueño de la tierra (monumento al general Baquedano) con todo su armatoste material (armas, casas, cuerpos), también ahora pretende penetrar más allá y apropiarse del oscuro mundo subterráneo.

El capitalismo intensivo consiste en que su movimiento expansivo no ocurre hacia un exterior por conquistar, sino hacia los niveles capilares e interiores para gobernar, hacia los subterráneos del cuerpo. El alza del pasaje es una medida intensiva porque penetra en la dimensión capilar condicionando la superficie de los cuerpos e invadiendo el propio calabozo al que el pueblo fue condenado desde la dictadura: el Metro.

Podemos leer el conjunto de revueltas que han sobrevivido como una *rebelión de los presos* quienes, de estar condenados en los subterráneos de la ciudad, han podido salir a la superficie. Desde los calabozos a la vida civil, cumpliendo una pena que consiste en circular al interior de la cárcel del Metro cotidiana y mecánicamente, regresan a las calles en que la luz pública ilumina

rostros —como los indios durante la Colonia— frente a los que el poder no siente más que terror: son los hijos de un Chile que ha vivido en la invisibilidad, en la oscuridad, en un silencio impuesto por la bota militar y la violencia policial.

Quien vive en el calabozo no tiene derecho a hablar, no tiene posibilidad de votar, no es un ciudadano, sino lisa y llanamente un prisionero. El 18 de octubre, fue el día en que la protesta pasó del *subterráneo a la superficie*, el día de la liberación de los presos en que estalló la imaginación popular y las calles, nuevamente, fueron atravesadas por la intensidad de las grandes alamedas.

## TRIUNFO POPULAR\*

El 18 de octubre debe ser recordado como el día del triunfo popular. La asonada se inició en el subterráneo del Metro de Santiago para terminar expandiéndose hacia todo el país. El gobierno aplicó el estado de excepción constitucional en Santiago primeramente, para después sumar varias ciudades de regiones (Valparaíso, La Serena, Concepción) en que la potencia afectiva de la revuelta ha sido imparable.

El triunfo popular se resume en tres puntos: uno, que la política de alza del pasaje del Metro fue congelada —según palabras del discurso de Piñera—; dos, que la demanda de justicia desbordó el problema del alza tarifaria del Metro para anudarse a un deseo de justicia general que se sintetiza en “no más abuso de poder”; y tres, que la protesta no ha sido protagonizada por jóvenes, sino que ha sumado gran parte del pueblo chileno en una demanda generalizada de justicia.

---

\* Texto publicado en revista *Carcaj.cl* el 20 de octubre de 2019.

Los tres puntos hicieron ineficaz el discurso de Piñera. Si en él fue anunciado el congelamiento del alza del pasaje, el deseo popular había rebasado con creces dicha demanda y apuntaba esencialmente a las condiciones de injusticia o abuso de poder generalizado con la que la oligarquía neoliberal chilena se ha terminado por devorar al país. El pueblo ganó el congelamiento del alza del pasaje, volvió a las calles y erotizó a un país entero, desacoplando, en parte, la superficie de los cuerpos de la captura capilar del poder. Por más terror que ella infunda al poder, la revuelta es siempre una danza que interrumpe el ritmo cronológico del trabajo capitalista y pone en juego otros usos de los cuerpos. Los pueblos descubren otros movimientos posibles, otros lugares y tiempos deseables.

No se trata simplemente del “alza del pasaje” sino del “abuso de poder”. Pero el “abuso de poder” no puede enfrentarse si no imaginamos transformaciones políticas de índole estructural. Porque lo que está en juego en la fórmula “abuso de poder” no es ni más ni menos que la matriz subsidiaria del Estado de Chile sobre la cual la razón neoliberal se ha instalado sin contrapeso desde que tuvo lugar el Golpe de Estado de 1973. Y sabemos que dicha razón es la conciencia política del capital financiero y su guerra sistemática y teledirigida contra los pobres del planeta que la misma razón produce una y otra vez,

al separar a los pueblos de su potencia, a los cuerpos de sus superficies, a la vida de sus imágenes.

Una revuelta conduce a los pueblos hacia su materialidad originaria. En ella no existe separación entre pueblo y potencia y entre cuerpo y superficies. Su intempestividad abre un lugar que no tenía lugar, una voz que no tenía escucha, un nuevo lugar de enunciación en el que resuena, crudo, sudoroso y eterno, la ingobernabilidad de un pueblo. Porque si la razón neoliberal es la fuerza que intenta transformar al pueblo en población y al mundo en globo, la revuelta o las diversas formas de resistencia apuestan a restituir la incandescencia del pueblo y del mundo, donde todo parece estar signado con el viento de la catástrofe. Porque ni el pueblo ni el mundo están simplemente ahí. Son instancias que devienen cuando irrumpe la imaginación popular y su violencia redentora destituye las carcomidas máscaras del poder para mostrar que tras él no hay nada ni nadie para salvarnos.

Los tres puntos del triunfo popular reciente requieren de mayor profundización: la crisis generalizada del sistema político y de su matriz subsidiaria solo podrá destituirse si apostamos a un proceso cuyo horizonte último implique la abertura de una Asamblea Constituyente que impida que el nuevo pacto social devenga la típica naturaleza oligárquica ofrecida por los anales de la cruda historia de Chile.

Necesitamos otra constitución política porque necesitamos otro país en el que que dicha constitución dé poderes al pueblo y lo proteja. El Chile de 1973 no tiene más enemigos con los que justificar su poder. El Chile de 1973 termina con sus hijos que heredaron su violencia: desde Pinochet a Piñera, el pacto oligárquico expresado en la Constitución de 1980 ha encontrado su fin. Pero ese “fin” no ha llegado solo: la lucha popular —la de hoy, pero las tantas de ayer— lo ha hecho imaginalmente posible.

## PUNTO CERO\*

La política chilena vive hoy su punto cero. La decisión de declarar el Estado de Excepción Constitucional marca la implosión completa del sistema político. Militares y policías, espectáculo y gobierno intervienen permanentemente para neutralizar la incandescencia de la revuelta que ha depuesto la poca legitimidad de la que aún podía gozar la tecnocracia neoliberal y sus remedios.

Seguramente el gobierno, en un rápido análisis de la situación ecuatoriana y en un posible impulso dirigido por Estados Unidos, optó por decidir el estado de excepción antes que todo pudiera estallar (antes que los “indios” pudieran apropiarse de las “alamedas”). Pero al racionalizar la situación a partir de la lógica de la prevención, desató lo que finalmente pretendía prevenir: la revuelta estalló con más fuerza y su violencia redentora logró subir hacia la superficie de la ciudad. Este y no otro devino el instante

---

\* Texto publicado en *El Desconcierto* el 20 de octubre de 2019.

decisivo, el *momentum* en el que el gobierno perdió el control de la situación y la calle marcó el triunfo. La decisión de declarar el Estado de Excepción Constitucional signa la debilidad y no la fortaleza del gobierno, su extrema fragilidad, el hecho que tras de sí no sólo no existe relato, sino que su gestión ha consistido nada más que en profundizar la excepcionalidad permanente de manera variable y modulada hacia diversas zonas del país.

El caso de Wallmapu, en el que Camilo Catrillanca fue asesinado por un comando especial de la policía en el año 2018 se presenta como el verdadero laboratorio de lo que está ocurriendo hoy en Santiago. Si bien la lucha mapuche es transfigurada en la lucha proletaria, debemos insistir que en América Latina ambos no son más que la misma “indiada”. Asimismo, el caso del Instituto Nacional, que ha sido objeto de una violencia sistemática y permanente, ha visto profundizado el problema por parte del alcalde Alessandri y la ministra Cubillos que, incluso, llegó a decir que “tranquilamente” podía llegar a cerrar el colegio, así como hoy Piñera podía ir “tranquilamente” a comer pizza mientras se incendiaba Roma.

Mientras los Hawker Hunter bombardeaban La Moneda, el presidente Allende alcanzaba a pronunciar sus últimas palabras: “El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse”. Los términos que usa



son clave: la defensa del pueblo es enteramente legítima porque ella no se inscribe al interior de la violencia sacrificial. La legítima defensa es tal porque revoca al poder, no porque lo reproduce incondicionadamente. El pueblo debe, ante todo, pensar. Porque el pueblo piensa. Y el día 18 de octubre se puso en acción uno de los instantes más prístinos de una máquina de pensamiento que, sin embargo, carece de pensadores del mismo modo que la revuelta no tiene liderazgos. Esa “falencia” que la politología se apresura en denunciar es precisamente su ventaja: la astucia de una forma de articulación que impacta enteramente acéfala.

En tanto condensación de una historia colonial desde la que se forja una República que continúa su violencia, el golpe de 1973 arrojó al pueblo al sacrificio para fundar la nueva institucionalidad como Estado subsidiario. El punto cero de la política chilena se muestra perfectamente de este modo: el Estado subsidiario fue impuesto con los militares en la calle. El fin de dicha matriz se anuncia en la revuelta del 18 de octubre que termina igualmente con los militares en la calle. Una verdadera teodicea militar en la que se manifiesta que la violencia de 1973 permanece incólume en la violencia de 2019.

El último discurso de Allende resuena con una fuerza que permite inteligir la situación del presente: la declaración de Estado de Excepción Constitucional por

el gobierno de Piñera condensa dramáticamente las modulaciones variables de la excepcionalidad permanente que han sido dosificadas durante el largo proceso de la llamada transición. En este sentido, la única respuesta popular debe ser obligar al gobierno a revocar el Estado de Excepción Constitucional, destituir esa violencia soberana por el abrazo infinito en el que los cuerpos y las potencias devienen una misma intensidad. No tenemos miedo, no queremos morir, por eso resistiremos.

## EVADE\*

### I

El discurso contrarrevolucionario en el Chile actual cacerolea con la palabra “vándalo”. Insiste en él para introducir la lógica del enemigo interno y abrazar las fuerzas de seguridad que permitan “purificar” al pueblo de sus “malos elementos”. Se trata de vándalos, tipos que eventualmente —enhebra el discurso— están “organizados”, son “anarquistas” y pertenecerían a un “lumpen” que no tendría nada que ver con la bondad originaria de un pueblo que marcha pacíficamente.

El discurso contrarrevolucionario no ha sido privativo de la derecha o del gobierno, sino que se ha extendido en varios sectores políticos que parecen haber adoptado sin problemas su lógica inmunitaria. Se trata de hacer del pueblo una instancia limpia, de higienizarlo de su mal, de salvar su alma de la tentación propiamente vandálica.

---

\* Texto publicado en revista *Bordes* el 21 de octubre de 2019.

El discurso contrarrevolucionario es, a la vez, pastoral y cazador: pastoral, porque pretende salvar a un pueblo de sí mismo moralizándole, y cazador, porque intenta perseguir con toda la violencia del poderoso, a quien está identificado como el mal que lo ensucia. La bondad del pastor pasa por el rasero del cazador, la salvación del pastor implica la persecución del cazador: la defensa de esa clase media —según el gobierno— que justifica la declaración del estado de excepción, expresa la duplicidad con la que opera el poder\*.

Pero el discurso contrarrevolucionario es parte de una guerra de signos que se da en función de la lucha por la ciudad: como vio Furio Jesi alguna vez, toda revuelta trae consigo su simbología, lucha sin cuartel contra los falsos mitos inoculados por la clase dominante: el discurso contrarrevolucionario que pretende identificar “vándalos” como una masa fantasma que acecha destructivamente a la ciudad y que, según el mismo discurso, constituirán un *exterior-interno* a su propia consistencia\*\*. Como una verdadera topología del mal, los falsos mitos que producen al fantasma “vándalo” o “violentista”, pasan por purificar los mitos populares traídos a bocanadas por los bríos de revuelta. Pero estos mitos se abrazan a las

---

\* Georges Chamayou. *Las cacerías del hombre*. Santiago, Lom, 2018.

\*\* Furio Jesi. *Spartakus. Simbología de la revuelta*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2014.

historias de luchas, comunican a los vivos de hoy con los muertos de ayer y vitaliza la potencia de la revuelta. Su potencia afectiva intenta ser neutralizada por los falsos mitos del discurso contrarrevolucionario, sobre todo, cuando produce una separación ficticia entre “pueblo” y “vándalos”, entre “clase media” y “anarquistas”.

En suma, cuando separa la razón de la sin razón, la civilización de la barbarie y dispone así una cartografía de guerra, el poder estatal se dirige a acabar con ellos en nombre de la razón, la civilización o, si se quiere, en nombre de la propia pureza del pueblo al que masacra. Sólo el poder tiene capacidad para inventar a un *detrás* donde no lo hay, a perforar la realidad y abrir *un más allá* que confisca la superficie de los cuerpos. La guerra urbana fue iniciada por el gobierno al intentar desplegar un dispositivo de “enemigo interno” orientado a que la propia ciudadanía purifique la totalidad de sus elementos considerados vandálicos. Sin embargo, el pueblo no es nunca bueno o malo, pacífico o violento, sino que su potencia, esencialmente múltiple, se ubica más acá de todo dispositivo de separación, de toda fórmula moral. Efectivamente, el pueblo es violento, mas también solidario. Pero su violencia es martirológica o rendidora y no sacrificial o culpógena porque no se orienta a instaurar un nuevo orden, sino a destituir radicalmente el orden existente, para abrir desde la ficción de una sutura la verdadera grieta.

Lejos de negar la violencia popular es necesario abrazarla porque sólo ella representa un verdadero *comienzo* plerótico de *posibles*. Pero esto implica desactivar la falsa equivalencia que establece el discurso contrarrevolucionario entre la violencia popular y la del Estado: la del Estado es siempre de índole sacrificial porque mata para fundar o conservar un nuevo orden\*; la popular, en cambio, deviene destituyente porque nada funda ni conserva sino sólo revoca\*\*. El saqueo, los incendios y las manifestaciones que hemos presenciado durante estos días son parte de dicha violencia a la que el Estado reacciona con su arsenal político, militar y policial para resguardar el orden.

## II

La revuelta siempre va a pérdida. No gana nada, no se dispone a ello, porque no calcula nada. Deviene potencia afectiva que recuerda a sus muertos en el acto mismo de la batalla. Pero la revuelta abre el campo de posibles, convoca a imaginar un porvenir que no está en un más

---

\* Walter Benjamin. *Para una crítica de la violencia*. En: Federico Rodríguez, Carlos Pérez López, Pablo Oyarzún Robles, *Letal e incruenta*. Santiago, Lom, 2018.

\*\* Giorgio Agamben. *L'uso dei corpi*. Vicenza, Ed. Neri Pozza, 2014.

allá, sino que se incrusta intempestivo en el presente. Su caceroleo es el coro con el que recita su poema; su consigna “no al abuso de poder” deviene su modo de ajusticiamiento. No se trata de la justicia que algún futuro pueda prometer, sino en un ahora que no calza con las agujas del reloj y que trae una eternidad atravesada por la suciedad de la contingencia\*.

Si el discurso contrarrevolucionario ha declarado la guerra y cataliza la estrategia gubernamental para ejercer su castigo público al pueblo que se ha sublevado, la revuelta tendrá que seguir junto con sus diversas organizaciones en la permanente tarea de desactivar dicho discurso. Para eso tendrá que usar su inteligencia en orden a liberar la imaginación popular con su memoria absolutamente irredenta: ya no puede haber más vándalos, sino multitudes que abrazan el presente que les ha sido confiscado. Multitudes que no se reducen a estudiantes secundarios que se toman el Metro y que gatillan la revuelta, pero que tampoco pueden ser excluidos y calificados bajo el epíteto de “vándalos” o “violentistas” como hace el discurso contrarrevolucionario. Multitudes hacen uso de las calles y han hecho visible que la violencia estatal no se reduce al despliegue militar y policial, sino que se anuda estructuralmente en la matriz subsidiaria

---

\* Furio Jesi. *Spartakus*, op.cit.

impuesta desde el Golpe de Estado de 1973. Protestando de las más diversas formas (marchas, caceroleos, saqueos), sin necesidad de tribunales, ni de un derecho, la protesta de *la multitud que ajustició 1973*.

“Evade” fue la consigna que catalizó la revuelta. Con ella, los estudiantes secundarios se tomaban el Metro y no pagaban el pasaje. ¿Qué hacían, entonces? “Evade” fue la consigna del uso libre y común que libera a los cuerpos de la serialidad de los torniquetes. “Evade” no fue sólo la imagen popular de los secundarios, sino la epifanía que catalizó la evasión total de un pueblo frente al abuso de poder, contra la sistemática impunidad sostenida estructuralmente por el ordenamiento estatal y su matriz subsidiaria. 1973 ha sido destituido o, lo que es igual: “evadido”. “Evade” el “abuso de poder” significa: usa el mundo de manera libre y común o, lo que es igual, “haz mundo” —y hábitalo— frente a la devastación, en la que el mundo pretende ser subsumido a la catástrofe del globo. “Evade” es ajusticiamiento de 1973, en su misma acción abre el tiempo a otro tiempo y lo fusila sin sacrificar, arrojándolo a arder en la ruina del olvido.



## CUALQUIERA\*

En su último discurso, Piñera le declaró la guerra al pueblo: “estamos en guerra contra un enemigo poderoso”. No especificó qué o quién era ese enorme enemigo. Dejó, sin embargo, el fantasma de un poder anónimo, sin rostro, encapuchado si se quiere, que inunda la ciudad y acecha sus mejores servicios. Al no especificar qué o quién era ese poderoso enemigo, Piñera inculca la lógica del enemigo interno e intensifica la estrategia policial: al no tener rostro, al no ser un quién, sino un espectro, cualquiera puede ser calificado de enemigo.

La guerra que desató es una guerra contra los *cualquiera*. No hace falta ser militantes de algún partido político o miembros de alguna organización supuestamente anarquista para ser perseguido. Basta ser un cualquiera atosigado por un conjunto de dispositivos cotidianos que

---

\* Texto publicado en *El Desconcierto* bajo el título “El Estado en quiebra” el 23 de octubre de 2019.

modulan capilarmente la separación de la potencia de los cuerpos. La guerra contra los cualquiera comenzó hace mucho: en una reedición de la antigua Inquisición, 1973 condensa la violencia estructural de una tierra perdida en el ocaso del mundo que, sin embargo, fue desde el principio fundada sobre la paranoia del enemigo interno en la que se jugaba una querrela permanente contra el “indio”. Sus pactos oligárquicos, que han dado lugar a las diferentes formas del Estado desde la Constitución de 1833, actualizan el fantasma que Piñera hoy día ha explicitado de manera brutal.

Pero la guerra contra los cualquiera no sólo modifica el tono de los cuerpos, sino también el estatuto del propio Presidente en la que se produce una situación, cuando menos, paradójal: quien es Presidente desata la violencia estatal (policial) contra los pobres y, a la vez, renuncia a la política. Si el Presidente renuncia a la política a favor de la violencia significa que ya no está actuando como Presidente, sino bajo la nomenclatura de un nuevo tipo de Tirano que dice defender la democracia mientras precipita su hundimiento. De facto, el propio Piñera ha renunciado a un mínimo cargo republicano (lo que podía quedar de él).

A la inversa: las palabras del general Iturriaga al decir “Yo no estoy en guerra con nadie” no sólo contradicen a su jefe (el propio Piñera investido en Presidente), sino

que además instalan al militar en la posición del Presidente. Así, el Presidente formal (Piñera) ejerce violencia y el General (Iturriaga) actúa políticamente. Los términos están completamente invertidos y, por esa misma razón, dado que Piñera no está ejerciendo fácticamente como Presidente, sino como Tirano, es que *ya está renunciado*. Que el pueblo se lo recuerde en los próximos días y termine por hacerlo renunciar formalmente y para siempre.

Al devenir Tirano, Piñera ha consumado la imagen prístina de un Estado que se ha ido a la *quiebra*. No a la quiebra económica, por cierto, pero sí a la quiebra política. Una quiebra económica se define por constituir una situación jurídica en la que una persona deviene incapaz de enmendar los pagos que debe realizar porque resultan superiores a sus activos. Una definición interesante, por cuanto muestra la existencia de un exceso y de una imposibilidad de suturar la exigencia de pagos y los activos de la empresa. No se trata de una situación posible de resolver desde los activos de la propia empresa, sino de su quiebra, esto es, la imposibilidad de *responder* la exigencia de pago.

Podríamos pensar la figura de la quiebra en un plano propiamente político: el Estado subsidiario, matriz del Estado chileno, no puede responder al deseo de su pueblo. No puede hacerlo no porque su clase política carezca de voluntad, sino porque estructuralmente ha sido un

Estado fundado en la negación del deseo popular. Por eso, su articulación se ha erigido en tres tiempos concatenados. Un primer tiempo responde a la violencia de la dictadura y la implementación feroz de las reformas neoliberales desde los años 80. Un segundo tiempo, a la articulación de la transición a la democracia que implicó reformas constitucionales consumadas entre 1988 y el año 2005, cuando la firma del presidente Ricardo Lagos sustituye a la de Pinochet. Un tercer tiempo, en el que dicho pacto se agota y el régimen neoliberal requiere de una profundización intensiva (que va desde la aparición del movimiento estudiantil del 2011 hasta la fecha) para lo cual ya no necesita echar mano de recursos legales o democráticos, sino que apela explícitamente a formas de excepción permanente, modulares y variables, tal como han enseñado los demás países de América Latina y la oprobiosa experiencia en el Wallmapu.

## QUIEBRA\*

Los tres tiempos de articulación de la matriz subsidiaria del Estado chileno han funcionado, no obstante, sin modificar sustantivamente su estructura, sin alterar la razón neoliberal que lo constituye. Pero dicho repertorio ha devenido en quiebra por la potencia de los cuerpos que había sido docilizada por algún tiempo, pero que regresa ingobernable, imposibilitando que la forma actual del Estado pueda responderle. En este sentido, no tiene nada que ver con una modernización que podría enmendar su rumbo para “satisfacer las expectativas frustradas de la gente” (como creería el sacerdote Carlos Peña), sino de una potencia que simplemente se ha ubicado *más acá* de la domesticación estatal haciendo que el poder implomione por todos lados para afirmar lo único que ha triunfado en estos días: la democracia popular. Por “democracia popular” no habría que entender un régimen

---

\* Segunda parte del texto publicado en *El Desconcierto* el 23 de octubre de 2019.

político preciso (un orden), sino una potencia destituyente que interrumpe el hipertrófico funcionamiento de la máquina guzmaniana. El triunfo popular —en su anhelo radicalmente común de habitar (y por tanto inventar) un mundo que ha sido sistemáticamente devastado— ha sido el triunfo de la democracia en tanto ha puesto en primer plano la igualdad radical que nos constituye.

El Estado chileno está quebrado políticamente e imposibilitado por la no-traducibilidad del capital financiero que la oligarquía depredadora ha hecho crecer a borbotones en capital político y que parece difuminarse sin retorno. Se ha producido una disyunción radical entre economía y política, un *impasse* entre la razón administrativa y la soberana que habían sido suturadas perfectamente en la matriz subsidiaria del Estado chileno construida por el Golpe de Estado de 1973 y su posterior Constitución. La armonía inventada por Jaime Guzmán entre neoliberalismo y catolicismo, entre capital financiero y autoritarismo estatal, ha sido interrumpida decisivamente por la asonada popular.

La parálisis domina y la máquina guzmaniana —transversal tanto al conservadurismo como al progresismo neoliberal— no puede funcionar sin sacrificar su propia consistencia: la matriz subsidiaria otrora impuesta por la alianza cívico-militar entre los Chicago Boys y Pinochet. Por ahora, la máquina sólo puede declarar el Estado de

Excepción Constitucional para “resguardar el orden público” y dejar que policías y militares masacren a ese “enemigo poderoso” como es la potencia popular. Está, empero, completamente incapacitado para ofrecer algún repertorio político. No porque el gobierno sea poco creativo y no tenga relato (que jamás lo tuvo) o porque la clase política haya perdido astucia (que no tuvo mucha), sino porque, siendo síntomas de la debacle, los recursos políticos e institucionales de la máquina guzmaniana han sido enteramente desactivados.

El gobierno está paralizado, la clase política también, pero, sobre todo, el Estado está políticamente quebrado. La declaración del Estado de Excepción Constitucional con toque de queda —un toque de queda disfuncional porque el pueblo abraza las calles como su hábitat más natural— es signo de que la máquina guzmaniana ya no puede conducir, ya no puede convencer, ya no puede construir ni hegemonía ni legitimidad porque, lisa y llanamente *no puede más nada*.

El devenir un poder impotente es el punto más decisivo: éste se expresa en la asonada popular que se tomó al país. Los movimientos populares, cuya revuelta fue encendida por los estudiantes secundarios, han revocado al poder y han abierto una potencia. No preguntan quién sino qué podemos hacer juntos o no, qué podemos imaginar en común, *qué podemos*, entendido en clave

de potencia y no en la del poder. Porque la potencia es la capacidad de los cualquiera para interrumpir el *continuum* del orden político y sus múltiples técnicas de gobierno. Los cualquiera han dicho: no queremos ser gobernados de esta forma, no queremos ser gobernados desde el modelo del Estado subsidiario tan propio de la razón neoliberal y, por eso, hemos destituido al poder, lo hemos llevado a su punto cero mostrando que su modelo está políticamente quebrado.



## REVUELTA\*

Uno de los primeros días de protestas me encontré a las 11 de la mañana en Plaza Italia. Fui a la marcha convocada para las 14 horas, pero decidí llegar antes para palpar la atmósfera. Después de todo, la política es siempre un asunto atmosférico. Comencé a caminar desde Plaza Italia en dirección a la cordillera, esto es, hacia estación Salvador y el paisaje se componía de escombros después de la batalla. El domingo hubo una gran manifestación y, por la noche, en plena declaración de toque de queda, las protestas continuaron. El ácido olor a lacrimógena recorría el camino y quemaba la piel; el plástico quemado penetraba de vez en cuando entre la ruina urbana. Algunos locales incendiados, otros intactos: el Centro Cultura Gabriela Mistral (GAM) intacto, la sucursal del Kentucky Fried Chicken quemada; el teatro de la

---

\* Originalmente el texto fue publicado en *Ficción de la Razón*, en un dossier especial titulado “Estados generales de emergencia”, el 29 de octubre de 2019.

Universidad de Chile intacto, la sucursal del Banco de Chile quemada enteramente.

La violencia popular no es una “violencia hobbesiana” sino una violencia que interrumpe la simbología capitalista. No se trata de vándalos que simplemente arrasan con todo lo que tocan, sino de movimientos moleculares que, la mayoría de las veces, dirigen su furia contra los signos del poder. Eso no quita, por cierto, que una vez avanzada la revuelta, varias bandas delincuenciales penetren el fragor popular para progresivamente restituir el valor de cambio desde su interior inoculando economía a lo que la revuelta había *aneconomizado*. Justamente: toda revuelta va a pérdida. La aneconomía de la revuelta interrumpe “el flujo normal” del capital de un país, las instituciones dejan de funcionar, la temporalidad se suspende fuertemente. El trastocamiento de la realidad, necesario elixir de la revuelta, es signo de que un pueblo ha irrumpido como revuelta.

Porque ninguna revuelta lleva consigo el signo de pureza. Es sucia, transida de mezclas que se asoman en la suspensión del tiempo histórico que ella misma ha abierto. Toda revuelta lucha contra sus propias fuerzas centrífugas, porque su potencia se mide en la capacidad

---

\* José Joaquín Brunner. *Democracia, violencia y perspectivas futuras*.  
En <https://ellibero.cl/opinion/jose-joaquin-brunner-democracia-violencia-y-perspectivas-futuras/>

de destituir la violencia soberana que, sin embargo, intenta capturarle de manera permanente. Por eso, una revuelta ha de poner en juego una relación intempestiva con el presente. Jamás calza consigo misma, pues difiere tormentosamente respecto de sí. No podemos exigirle pureza e higiene a la revuelta, porque toda dinámica orientada a la limpieza o purificación sintomatiza el triunfo de la violencia sacrificial o soberana que la revuelta destituye. Es el sacrificio el que purifica, el sacrificio el que limpia el mundo para asesinar a mansalva los chivos que cristalizan el nuevo mal sobre la tierra.

Es precisamente el sacrificio el arma de toda política reaccionaria que espera como una sombra al interior de la fórmula estatal: “ningún pueblo ha dudado de que hubiera en la efusión de la sangre una virtud expiatoria”\*, escribió Joseph De Maistre en su *Tratado sobre los sacrificios*. Justamente la violencia de la revuelta depones la dinámica sacrificial, porque en ella se juega la potencia martirológica, esto es, aquella que sella sin sangre la revocación de toda soberanía\*\*: “Una ejecución política”, acierta Paul W. Kahn, “leída como un acto de martirio, proclama la debilidad, no la fuerza del Estado”. Ello, porque el martirio amenaza con “exponer al

---

\* Joseph De Maistre. *Tratado sobre los sacrificios*. México, Sexto Piso, 2009, p. 24-25.

\*\* Walter Benjamin. *Para una crítica de la violencia*, op. cit.

Estado y su pretensión de autoridad como una nada”\*. La violencia popular es martirológica en este sentido: su potencia destituye la violencia soberana exponiendo su debilidad y disolviendo su pretensión de autoridad como una nada.

No destruye, sino destituye; no instaaura, sino revoca. Quiebra al sujeto el supuesto saber que ha erigido al discurso y lo hace caer como una máscara al que sólo queda ejercer la violencia sacrificial para restituir el orden. Todos los llamados del gobierno y de alguno que otro actor político al diálogo parten de la ficción sacrificial, en cuya totalidad los agentes en conflicto se resuelven en un mismo equivalente general: las vidas de los policías resultan tan víctimas de la violencia como la de los ciudadanos que han caído bajo la bala militar o el cacerío policial. El discurso del gobierno es sacrificial precisamente en el instante en que condena la violencia “venga de donde venga”. Ello le erige a ejercer la violencia mayor de todas —la violencia soberana precisamente—, que es tal porque puede aplastar a todas las otras violencias que considera simplemente sectoriales.

Pero además el paradigma sacrificial enarbolado por el discurso estatal restituye, a su vez, el capital, en la medida que restituye la codificación equivalencial que

---

\* Paul W. Kahn. *El liberalismo en su lugar*. Santiago, Universidad Diego Portales, 2018, p. 112.

permite conciliar en una misma unidad la violencia estatal con la revuelta desgarrada de una ciudadanía a la intemperie. El mártir quiebra al sacrificio en la misma medida que expone su nada. ¿Podríamos decir que la noción de soberanía otrora propuesta por el filósofo Georges Bataille es la de una soberanía verdadera y propiamente martiroológica, por cuanto implosiona en el instante en que se ejerce? Y si esto es así, ¿no sería la concepción schmittiana de la soberanía una que no ha asumido la radicalidad de su concepto, que no estuvo jamás a la altura de lo que proclama?\*

En cualquier caso, el término “martirio” ha gozado de mala prensa porque, desde mi punto de vista, siempre ha sido concebido bajo el aura sacrificial o, lo que es igual, siempre ha sido representado desde el punto de vista de los vencedores que se apropiaron de su concepto para capitalizarlo en función de la restitución del orden. Sirviéndome de la conocida distinción benjaminiana entre violencia pura y mítica, quisiera diferenciar el martirio del sacrificio y sostener que el primero remite a una violencia popular de corte redentor de carácter destituyente que nada instaura ni conserva y, en cambio, el segundo

---

\* Georges Bataille. *Lo que entiendo por soberanía*. Buenos Aires, Paidós, 1996.

\*\* Carl Schmitt. *Teología política. Cuatro ensayos sobre el concepto de soberanía*. Buenos Aires, Struhart y Cia., 2005.

es una violencia oligárquica orientada a la instauración y conservación del orden.

A esta luz, una revuelta es martiroológica y no sacrificial, y trae consigo el arrojito del *trabajo vivo* en el que se juega la afirmación de una potencia antes que la consolidación de un poder. Más allá de la purificación propia del discurso liberal que condena toda violencia, venga de donde venga, pretendiendo con ello eximirse de la dinámica sacrificial al tiempo que la reproduce, es necesario reivindicar la violencia abierta por la revuelta que, sin embargo, suspende la violencia sacrificial que, una y otra vez, no hace más que ejercer su mítico poder de muerte. No se trata de estetizarla, sino de asumir la materialidad con que denuncia la injusticia del actual estado de cosas, exponiendo el poder soberano a la desnudez de su nada.

Una revuelta jamás es bienvenida. Las multitudes no saben si reír o llorar frente a ella. No saben si sobreviene para bien o para mal, justamente porque no obedece a ningún *telos* o garantía alguna en la medida que expone la fragilidad de nuestros cuerpos a la intemperie de la historia. Pero una revuelta nunca llega en una forma o modo uniforme, sino siempre diferente, múltiple e intensa. Tampoco es predecible. Todos los esfuerzos por identificar sus causas siempre llegan al límite. Los saberes se van a la quiebra. Y, de pronto, todos se acuerdan de los miles de informes que no dejaban de plantear la miseria de

nuestras condiciones. Pero en ese momento, se interroga: si las condiciones estaban, ¿por qué se encendió la mecha en este instante? ¿Por qué no antes ni después? Entre las condiciones y su estallido siempre ocurre algo clave: un asesinato, un acto de radical injusticia contra ciertos cuerpos, cometido por el ejercicio de violencia estatal.

En la Primavera Árabe, la inmolación de Mohamed Bouazizi frente a la comisaría fue el operador imaginal que gatilló la revuelta. En el Chile del 18 de octubre, fueron los miles de estudiantes secundarios que evadían los torniquetes del Metro reprimidos brutalmente por la fuerza policial. A cinco días de la proclamación del Estado de Excepción Constitucional, acompañado del dispositivo del toque de queda por las noches, los organismos de Derechos Humanos nacionales e internacionales contabilizan los muertos por agentes de Estado como la forma feroz en que se despliega la violencia sacrificial por las calles de la inundada ciudad.

La revuelta irrumpe de diversos modos y puede asumir una organización —como la que articula hoy Unidad Social. Al igual que el Mando Nacional Unificado, que articuló una mínima orgánica durante la intifada palestina de 1987, también Unidad Social podría devenir un “agenciamiento” (un “apoyo” dice Judith Butler)\* nacido

---

\* Judith Butler. *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Buenos Aires, Paidós, 2017.

de la propia revuelta para conservar su trabajo vivo y no para confiscarla en un muerto aparato representacional y enteramente en quiebra. Porque en medio de la quiebra del modelo de Estado implantado con violencia en 1973, asistimos a un comienzo.

No se sabe qué ocurrirá ni cómo se desencadenarán los acontecimientos. Pero frente a la devastación operada por la dictadura y luego por la transición que orienta sus esfuerzos a separar los cuerpos de su potencia, a separar las vidas de sus imágenes, en orden a un proceso de neutralización, la revuelta restituyó su intensidad. Frente al *cuerpo neoliberal* confiscado por la forma empresa —vuelto “en presa”, decía Guadalupe Santa Cruz—, la revuelta restituyó el *cuerpo potencia*. La fascinación que experimentan los partícipes de un proceso político como éste se halla enteramente vinculada a la sorpresa que depara a la conciencia —esa mala consejera— *lo que puede un cuerpo*, lo que *los cuerpos pueden*. Porque la revuelta nos arroja a esto: una lucha cuerpo a cuerpo.

Nunca nos imaginamos lo que nuestros cuerpos podrían, nunca fuimos conscientes de ello. ¿Cómo estarlo, si la conciencia —ese aparato representacional— no hace más que infundirnos temor e inclinarnos al cálculo de todos nuestros movimientos? La revuelta es aneconómica precisamente porque no calcula y siempre va a pérdida. Ya hemos perdido a compañerxs de lucha,



ojos, calendarios académicos, eventos internacionales (APEC-COP 25) y seguiremos perdiendo. Todo ha sido suspendido, pues, como vio Furio Jesi: a diferencia de una revolución, una revuelta implica la “suspensión del tiempo histórico”\*. Suspensión que trae consigo pérdida radical, gasto incondicionado e imposible de prever, pero abertura de un comienzo en el que podemos volver a imaginar otra época histórica. Es precisamente ese comienzo el que debemos abrazar hoy con todas las fuerzas de la historia. Sin él, no sólo nos quedaremos sin futuro o sin pasado, sino sobre todo seremos despojados del fragor de un presente.

---

\* Furio Jesi. *Spartakus. Simbología de la revuelta*, op.cit.



## MOMENTO DESTITUYENTE\*

El asalto al capital, que comenzó con una revuelta popular desde los subterráneos de la ciudad catalizada por estudiantes secundarios, ha devenido un “momento destituyente”\*\*. En él, la imaginación popular inunda las calles, rebalsa los cuerpos, lazos inéditos nutren de erotismo y se inventan nuevas prácticas que abren otros e improvisados caminos. El momento destituyente no se cristaliza en un poder, sino que se mantiene irreductible en el registro de la potencia, creando los contornos de un pueblo que no existe de suyo, sino que sólo adviene en el instante de su irrupción. El momento destituyente tampoco tiene una estrategia política clara que le permita interlocutar con los representantes del *ancien régime* para instaurar uno nuevo (pues no se define por instaurar o conservar un orden), pero sí goza de la potencia imaginal que ha sido legada por la ráfaga de revueltas que ha terminado por horadar la maquinaria estatal.

---

\* Texto publicado en *El Desconcierto* el 26 de octubre de 2019.

\*\* Giorgio Agamben. *L'uso dei corpi*, op.cit.